

DIVISION DEL REINO DE ISRAEL.

Roboan, hijo de Salomon y de Naama Amonita, de cuarenta y un años de edad, único heredero de una monarquía acaso la mas bella del mundo, entró á reinar en lugar de su padre. Las tribus de Judá y Benjamin le reconocieron por rey inmediatamente y sin la menor contradiccion. La tribu de Judá era inseparable de la casa de David, y la de Benjamin lo era igualmente, desde que Salomon en los primeros años de su reinado las habia reunido con el fin de que Jerusalem que estaba en esta última, perteneciese tambien á Judá y se hallasen en la casa de David el sacerdocio y el imperio. No hicieron lo mismo las otras diez tribus, á cuya frente se puso la de Efraim, que era la mas poderosa y tambien la mas orgullosa, como hemos visto en el discurso de esta historia. Se reunieron en Siquem, capital de esta tribu, adonde habia de ir el rey á ser reconocido y recibir el juramento de fidelidad. Jeroboan que como hemos dicho, se habia refugiado en Egipto, huyendo de la persecucion de Salomon, fué avisado inmediatamente de su muerte, y llegó con tiempo á Siquem para asistir el día del reconocimiento del rey. Cuando este se presentó, Jeroboan y toda la multitud de Israel le hablaron en estos términos: Vuestro padre puso sobre nosotros un yugo durísimo; disminuíd ahora un poco del imperio durísimo de vuestro padre y del yugo pesadísimo que puso sobre nosotros, y os serviremos.

Consejo de los ancianos.

Id, les dijo Roboan, y volved á los tres días; y habiénd-

dose retirado el pueblo, tuvo el rey un consejo con los ancianos que en vida de Salomon, su padre, estaban á su lado. ¿Qué consejo me dais, les preguntó, para que yo responda á este pueblo? Si escucháreis hoy á este pueblo, le dijeron, y cediéreis y conviniéreis con su peticion, y les habláreis palabras suaves, serán vuestros siervos para siempre. El consejo era prudente y el único que se debia seguir en las circunstancias; pero Roboan, que no habia ido á que le eligiesen rey, con cuya dignidad suprema contaba por su nacimiento, sino á que le hiciesen el juramento de fidelidad, miró el consejo de los ancianos como injurioso á la majestad real y depresivo de su autoridad.

Consejo de los jóvenes.

Llamó, pues, á los jóvenes que se habian criado con él y vivian á su lado, y les preguntó: ¿Qué consejo me dais para responder á este pueblo que ha venido á decirme: Aliviadnos un poco el yugo que vuestro padre puso sobre nosotros? Y ellos le aconsejaron como jóvenes y como criados con él en delicias. De este modo responderás á este pueblo que ha venido á decirte que alijeres el yugo de tu padre: El menor de mis dedos, le dirás, es mas grueso que los lomos de mi padre. Mi padre puso sobre vosotros un yugo pesado, y yo os añadiré mayor peso. Mi padre os azotó con varas, mas yo os azotaré con escorpiones. Vino, pues, Jeroboan y todo el pueblo á Roboan al tercer día como él les habia mandado, y el rey, dejando el consejo de los ancianos, les habló segun el consejo de los jóvenes, diciendo: Mi padre cargó sobre vosotros un yugo pesado, y yo le haré mas pesado. Mi padre os azotó con varas, mas yo os azotaré con escorpiones; y no condescendió el rey con el pueblo, porque el Señor se habia apartado de él para que se cumpliese lo que habia dicho á Jeroboan, hijo de Nabat, por boca de Ahías Silonita. Viendo, pues, el pueblo que no le habia

querido oír el rey, le respondió, diciendo: ¿Qué parte tenemos nosotros con David? ¿Ó qué herencia en el hijo de Isai? Vuélvete, Israel á tus tiendas, y tú, David, gobierna tu casa. Y se retiró Israel á sus tiendas. Entonces Roboan envió á uno de sus principales ministros, llamado Aduran, á hablar al pueblo; mas apenas se acercó para hablar en nombre del rey, cuando el pueblo se arrojó tumultuosamente á Aduran y le quitó la vida á pedradas. Al momento que lo supo el rey, subió en su carro y huyó á Jerusalem, y con esto se apartó Israel de la casa de David.

Desde este infeliz momento el pueblo escogido de Dios en Abraham, continuado en Isaac, multiplicado en Jacob, cautivado en Egipto, sacado de cautiverio en portentos y señales por Moises; guiado con una columna de nube á la tierra prometida por Dios á Abraham, Isaac y Jacob, puesto en posesion de ella por Josué, gobernado sucesivamente por quince jueces, y tres reyes, Saul, David y Salomon... este pueblo tan unido en mas de siete siglos, queda ya dividido en dos pueblos ó reinos conocidos con los nombres de *Judá* y de *Israel*, y de los que se va á dar la historia separadamente en cuanto sea posible, principiando por la de los reyes de Israel que es mas breve, ya por su menor duracion y ya por el menor número de sucesos; y para tener desde luego alguna noticia que contribuya á la claridad y ayude á la memoria, ha parecido oportuno presentar aquí la siguiente tabla de los reyes que gobernaron estas dos porciones del pueblo de Dios desde Salomon hasta la cautividad de Babilonia.

REYES DE ISRAEL
ó de las diez tribus.

REYES DE JUDÁ
ó de la casa de David.

SALOMON.

1 JEREBOAN I.	1 ROBOAN.
2 NADAB.	2 ABIAM.
3 BAASA.	3 ASA.
4 ELA.	4 JOSAFÁT.
5 ZAMBRI.	5 JORAN.
6 TEBNI.	6 OCOZÍAS.
7 AMRI.	7 ATALIA.
8 ACAB.	8 JOAS.
9 OCOZÍAS.	9 AMASÍAS.
10 JORAN.	10 OZÍAS.
11 JEHÚ.	11 JOATAN.
12 JOACAZ.	12 ACAZ.
13 JOAS.	13 EZEQUÍAS.
14 JEROBOAN II.	14 MANASÉS.
15 ZACARÍAS.	15 AMON.
16 SELUM.	16 JOSÍAS.
17 MANAHEN.	17 JOACAZ.
18 FACEYA.	18 JOAQUIN.
19 FACEE.	19 JECONÍAS.
20 OSEE, último rey de Israel ó de las diez tribus.	20 SEDECÍAS, último rey de Judá ó de la casa de David hasta la cautividad de Babilonia.

JEROBOAN I, PRIMER REY DE ISRAEL.

Luego que Roboan huyó de Siquem, las diez tribus eligieron por su rey á Jeroboan y le proclamaron en la

misma ciudad de Siquem, y de este modo Jeroboan de un simple particular, ó por decirlo mejor, de un súbdito fugitivo, pasó á ser un monarca igual á su señor. Testigo ocular Jeroboan de que la dureza habia alejado de Roboan las diez tribus, su primer cuidado fué tratarlas con suavidad y manifestarse complaciente y agradable. Entonces refirió á todo el pueblo reunido la profecía de Abías para hacerles ver que su eleccion no era efecto de una rebelion, sino un decreto de la Providencia, y esto debió contribuir mucho para fijar el principio de su reinado.

Roboan se presentó en Jerusalem con la pena y el enojo que eran consiguientes, y luego juntó á toda la casa de Judá y á la tribu de Benjamin en número de ciento y ochenta mil hombres de guerra escogidos para pelear contra la casa de Israel y reducirla á su obediencia; pero el Señor mandó al profeta Semeías que hablase á Roboan y sus tropas y les dijese: Esto dice el Señor: No subiréis ni pelearéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel. Vuélvase cada uno á su casa, porque yo soy el que he hecho esto (esta division). Oyeron, pues, con obediencia, tanto el rey como su ejército. las palabras del Señor y se volvieron á sus casas.

Jeroboan, luego que tuvo noticia de que el Señor habia deshecho la tempestad que le amenazaba, en vez de rendir á su Bienhechor soberano las mas humildes y entrañables gracias, se entregó á una detestable política. No podia atribuir Jeroboan su elevacion al trono sino á la voluntad del Señor, y del Señor debia esperar que asegurase la corona sobre su cabeza. Sabía que la rotura del reino de Salomon y la pérdida de diez tribus eran castigo de los delitos de este monarca, y no debia esperar que se fijasen en su casa estas diez tribus sino por medios opuestos, esto es, por las virtudes; pero el nuevo rey discurrió de otro modo. Discurrió como los políticos impíos. Creyó que no seria rey mucho tiempo si no era enemigo de la religion, y luego trató de desterrarla de su reino.

El templo del Señor donde se le daba el culto público, donde se practicaban los actos de religion con una magnificencia digna, en lo posible, del Dios verdadero, y adonde debian concurrir los Israelitas en varias fiestas del año, habia quedado en Jerusalem, capital del reino de Roboan. Además, desde la dedicacion del templo solo en él debian ofrecerse las víctimas al Señor, y en efecto, á él venian á presentarlas de todos los puntos de la tierra prometida. Jeroboan trató de cortar esta concurrencia de su reino al de Roboan á todo trance, y no hallando su impiedad otro modo de conseguirlo que destruyendo la religion, determinó destruirla. Pensando como un pagano, dijo en su corazon: Si mi pueblo subiese á Jerusalem á ofrecer sacrificios en el templo del Señor, mi reino se volverá á la casa de David, reconocerá por su rey á Roboan y á mí me matarán. El discurso de Jeroboan no dejaba de tener alguna verisimilitud si su elevacion al trono y sostenimiento en él hubiera sido obra de los hombres, pero lo era de Dios, que le habria continuado en su descendencia como se lo habia prometido, si hubiera cumplido sus mandamientos y los deberes de la religion que intentaba destruir. Mas Jeroboan, como buen ateo, no contó con el Criador sino con la criatura, y de ella echó mano para cortar la comunicacion de su reino con el de Roboan á costa de destruir la religion de Jacob en el reino de Israel.

Beceros de oro.

Hizo Jeroboan no solo un becerro de oro, como los Israelitas idólatras en tiempo de Moisés, sino dos, y los presentó al pueblo, diciendo: No queráis subir en adelante á Jerusalem; y señalando los becerros, dijo como aquellos: Ahí tienes, Israel, los dioses que te sacaron de Egipto. Dejó uno de estos becerros en su tribu de Efraim y le colocó sobre una columna en la ciudad de

Betel, y llevó el otro á la media tribu de Manasés y le colocó sobre otra columna en la ciudad de Dan, situada en los confines del reino y famosa por sus idolatrias. Estos becerros fueron el escándalo en que vino á estrellarse y á perecer la religion de casi todos los Israelitas. Parece increíble que un pueblo escogido por Dios y que habia pasado por la piedad y religion de David, abandonase casi en un momento el culto del Señor y se entregase á darle á un becerro; pero la propension de este pueblo á la idolatría y el terrible ejemplo que le habia dejado Salomon, le tenia ya preparado y solo faltaba la ocasion par manifestarse.

Fiesta al ídolo de Betel.

El malvado Jeroboan vió cumplidos sus detestables deseos aun mas allá de lo que podia prometerse; pero temiendo la inconstancia de los Israelitas, trató de redoblar las cadenas con que les habia arrastrado á la idolatría y atado á los troncos de los ídolos. Hizo templos en los altos y puso por sacerdotes á los últimos del pueblo que no eran del linaje de Leví, y para que todo Israel hiciese pública profesion de la idolatría, dispuso una fiesta al ídolo de Betel para el dia quince del mes octavo, á semejanza de la que por aquel tiempo se celebraba al Dios de Abraham en Jerusalem. Llegó este fatal dia que habia de dar principio á la idolatría de Israel, como religion del Estado, en lugar de la religion de Abraham, Isaac y Jacob. El pueblo se reunió en Betel, y Jeroboan lo fué allí todo. Fué el rey y el sacerdote, el oferente y el sacrificante, el jefe de la religion y del Estado, el príncipe y el pontífice... Revestido de las vestiduras sacerdotales, subió al altar erigido al pié del ídolo, y ofreció al demonio, representado en el becerro, la sangre de las víctimas y el humo de los inciensos. Bien merecia este atroz Israelita que bajase fuego del cielo y



le consumiese, ó se abriese la tierra y le tragase como á los sacrilegos del desierto; pero el Señor, sufrido aun para con el rey que habia elegido, solo dió una señal de su enojo, esperando que el criminal le desenojase con la penitencia y la enmienda.

Profeta de Judá.

Todavía estaba Jeroboan sobre el altar y con el incensario en la mano, cuando se presentó un varon de Judá enviado por el Señor, y exclamó : ¡Altar! ¡Altar! Esto dice el Señor : Hé aquí que nacerá un hijo á la casa de David que se llamará *Josías*, y sacrificará sobre ti los sacerdotes de los altos, que ahora queman inciensos sobre ti; y quemará sobre ti los huesos de los (sacerdotes idólatras); y ved aquí una señal de que hablo en el nombre del Señor : ese altar se partirá, y la ceniza que está sobre él se derramará. Cuando el rey oyó las palabras que el hombre de Dios hablaba contra el altar, se llenó de ira y extendiendo su mano desde el altar en accion de señalarle, dijo : Prendedle; pero quedó seca y extéñida la mano que habia alargado hácia el hombre de Dios sin que pudiese encogerla. En tan doloroso y vergonzoso estado vió dividirse el altar y derramarse por todas partes la ceniza, segun lo acababa de decir el profeta en nombre del Señor. Un suceso tan público, tan ruidoso y tan imponente debiera haber destruido la idolatría de Israel en su mismo nacimiento; pero no sucedió así, y un pueblo que se empeñaba en abandonar á Dios, fué abandonado de Dios. El rey estaba tan obstinado y endurecido que ni el castigo que estaba sufriendo con un dolor bochornoso delante de todo Israel, obró la menor mudanza en su corazon. Su mano extendida y seca solo le obligó á suplicar el remedio. Á pesar de su rabia y su ansia de vengarse del hombre de Dios, le fué preciso acudir á él y rogarle que pidiese al Señor por

el rey. Condescendió el santo profeta; rogó al Señor, y la mano del rey volvió al estado que antes había tenido. El rey, que no trataba de renunciar á la idolatría por el castigo, no pudo mostrarse indiferente al beneficio, y dijo al profeta: Ven á comer conmigo y yo te haré regalos. Si me dieras, dijo el varon de Dios, la mitad de tu casa, no iria contigo, ni comeria pan, ni beberia agua en este lugar; porque así me lo ordenó el Señor cuando me envió, diciéndome: No comerás pan, ni beberás agua, ni volverás por el mismo camino que vayas; y diciendo esto, se apartó del rey y se volvió á Judá por otro camino.

Profeta de Betel.

Habitaba en Betel un profeta anciano á quien contaron sus hijos todo lo que habia hecho aquel dia el hombre de Dios, los prodigios que habia obrado y lo que habia dicho al rey. ¿Por qué camino se ha ido? preguntó con ansia el padre, y los hijos se le señalaron. Mandó que al momento le aparejasen el asno, y montando en él, siguió al varon de Dios y le halló sentado bajo de un terebinto. ¿Eres tú, le preguntó, el varon de Dios que has venido de Judá? Yo soy, le respondió. Pues ven conmigo á comer á mi casa. Yo no puedo volver, le dijo, ni ir contigo, ni comer pan, ni beber agua en esta tierra, porque el Señor me lo ha prohibido. Tambien soy yo profeta, dijo entonces el anciano, y un ángel me ha hablado en nombre del Señor diciendo: Hazle volver contigo á tu casa para que coma pan y beba agua. El hombre de Dios creyó sencillamente al anciano, se volvió con él y comió y bebió en su casa. Mas cuando aun estaban á la mesa, habló el Señor al anciano, y este exclamó á pesar suyo: Esto dice el Señor al profeta de Judá: Porque te has vuelto y has comido y bebido en el lugar que te mandé que no comieras ni bebieras, no será llevado (enterrado) tu ca-

dáver en el sepulcro de tus padres (que está en Judá, porque vas á morir aquí en Israel). El castigo era grande, y la culpa, al parecer, era pequeña; pero hay en Dios severidades de misericordia y paciencias de justicia. Jeroboan se entrega obstinadamente á la idolatría, y curándole el Señor con un milagro, le deja en su obstinacion. Por el contrario, se deja engañar un hombre santo, y hace el Señor que expie con la muerte una falta de advertencia.

En efecto el hombre de Dios volvió á tomar su camino, y luego le encontró un leon y le quitó la vida. Quedó tendido en el camino su cadáver y el asno y el leon á sus lados, sin que el leon comiese del cadáver, ni matase al asno. Unos hombres que casualmente pasaron por allí y vieron el imponente espectáculo de un cadáver, un asno y un leon haciendo de centinela, huyeron espantados y llevaron la noticia á Betel, ciudad del profeta anciano. Cuando llegó á oídos de este, no dudó que el cadáver tendido en el camino era del hombre de Dios: montó en su jumento, se dirigió al sitio que se anunciaba y halló el cadáver del hombre de Dios tendido en el camino, y al leon y al asno á sus lados. El leon se retira y el profeta anciano se acerca, carga el cadáver sobre el jumento del hombre de Dios, sube sobre el suyo y se vuelve á su ciudad de Betel; le hace los funerales y le entierra en su sepulcro; y despues de haberle llorado en el tiempo que duraba el duelo, dice á sus hijos: Cuando yo muriere, enterradme en el sepulcro en que ha sido enterrado el varon de Dios, y poned mis huesos junto á los suyos, porque seguramente se cumplirá la palabra que ha anunciado de parte del Señor contra el altar de Betel, contra los templos de los altos que hay en las ciudades, contra los sacerdotes y contra sus huesos. Cuando lleguemos al tiempo de Josias, se verá que lo profetizado aquí por el hombre de Dios mas bien fué una historia que una profecía.

Bien pronto se supieron los trágicos sucesos del hom-

bre de Dios, no solo en Betel y sus contornos, sino tambien en la corte de Siquem y en todo el reino; pero ni estos sucesos, en los que se multiplicaban los prodigios y se veía brillar la espada de la divina Justicia sobre la casi imperceptible mancha de un justo, ni la multitud de portentos que habian pasado delante del altar de Betel, aprovecharon al rey, ni á sus cortesanos, ni al idólatra Israel. Jeroboan continuó aumentando sus impiedades y la perversion de su pueblo. Al paso que multiplicaba los lugares altos y colocaba ídolos en ellos, multiplicaba tambien los sacerdotes profanos que los incensasen; y en su tiempo todo Israelita, de cualquiera clase, condicion ó estado que fuese, se hacia sacerdote sin otra consagracion que presentar una ofrenda al ídolo que habia de ser su dios y recibir sus inciensos. De este modo principió el idólatra Jeroboan su reinado, sin que en los veinte y dos años que ocupó el trono hubiese un momento de verdadero arrepentimiento que mereciese el perdon de Dios y la revocacion de la terrible sentencia de la extincion entera de su casa y familia que iba á dar principio.

Enferma Abia, primogénito de Jeroboan.

Tenia este rey impenitente dos hijos, Abia y Nadab. Abia que, como primogénito, era el ídolo de su caduco padre, enfermó gravemente y se temió de su vida. Jeroboan buscaba un consuelo en su pena, mas no le hallaba en su reino. Quería saber si saldria su hijo del peligro, pero no podia contar para esto ni con sus dioses de metal, ni con los ministros que les servian, ni con el demonio, padre de la mentira, que era adorado en ellos, porque ó no responderia, ó no daria sino respuestas equívocas ó mentirosas. Era, pues, necesario recurrir al Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob. Ahías, que le habia profetizado en otro tiempo la ocupacion del trono, seria

el mas á propósito; pero... ¡cómo consultar á este profeta del Dios verdadero, quien se habia entregado y hecho entregar á su pueblo al culto de los dioses falsos! ¡Cómo presentarse el rey, ni sufrir la presencia de este hombre intrépido que le echaria en cara su ingratitud para con el Señor, que le habia colocado en el trono, y el trastorno de la religion en el pueblo que habia puesto bajo de su cetro! Mas Jeroboan queria consultarle á todo trance, y no pudiendo hacerlo por sí mismo, se acordó de la reina, que, como esposa y como madre que era del enfermo, se determinaria á dar el paso. Anda, la dijo, muda de vestido para que no conozcan que eres la mujer de Jeroboan, y vé á Silo, donde está Ahías el profeta que me anunció que habia de reinar sobre este pueblo. Lleva diez panes, una tortilla y un vaso de miel, y preséntate á él. Él te dirá lo que ha de suceder á nuestro hijo.

Consulta al profeta Ahías.

La mujer de Jeroboan hizo como se la habia dicho. Marchó á Silo y fué á la casa de Ahías. Este no podia ver ya, porque se le habian oscurecido los ojos con la vejez; pero cuando ella entraba, el Señor le hizo entender que era la mujer de Jeroboan y que venia á consultarle sobre su hijo que estaba enfermo; y le dijo la respuesta que debia darla. Apenas oyó Ahías el sonido de las pisadas, entra, dijo, mujer de Jeroboan, ¿porqué finges que eres otra? Buscas consuelo, mas yo soy para tí un anunciador duro. Anda y di á Jeroboan: Esto dice el Señor, Dios de Israel: Por cuanto te ensalcé de en medio de la multitud y te puse por guía sobre mi pueblo de Israel, y dividí el reino de la casa de David y te le di á ti, y no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo su corazón, haciendo lo que era agradable á mis ojos; sino que, al contrario, has obrado lo malo sobre todos los que fueron antes

de ti, y te has hecho dioses ajenos, dioses de fundición para provocarme á enojo, y me has vuelto las espaldas: por tanto yo acarrearé males sobre la casa de Jeroboan y destruiré de la casa de Jeroboan hasta los perros, y barreré las reliquias de la casa de Jeroboan como suele hacerse con las basuras hasta que el suelo queda limpio. Los de la casa de Jeroboan que murieren en la ciudad, serán comidos de los perros, y los que murieren en el campo serán devorados por las aves, porque el Señor así lo ha hablado.

Muere Abia.

Tú, pues, mujer de Jeroboan, vuélvete á tu casa, y sabe que en el momento mismo que pongas tus piés en la ciudad, morirá tu hijo. Todo Israel lo llorará y enterrará, y de la casa de Jeroboan solo este será puesto en sepulcro, porque solo en este ha hallado el Señor cosa buena. Ya tiene el Señor elegido rey de otra familia para que reine sobre Israel. El tiempo (en que esto sucederá) no está léjos, y el día viene. También moverá el Señor la casa de Israel como se mueve la caña en el agua, y la arrancará de la buena tierra que dió á sus padres, y la arrojará de la otra parte del río (Eufrátes) porque tuvo bosques consagrados á los ídolos para irritar al Señor; y el Señor entregará á Israel (á las naciones) por los pecados de Jeroboan, que pecó é hizo pecar á Israel. Habiendo pronunciado el profeta estas amenazas terribles, que tuvieron el mas exacto cumplimiento, la mujer de Jeroboan se retiró afligida de Silo y se volvió á Tersa, que era entonces la corte de Israel, donde la esperaba con ansia su marido; pero cuando ella ponía los piés en el umbral de su palacio, que estaba á la entrada de la ciudad, murió el hijo, y le sepultaron, y le lloró todo Israel conforme á la palabra que habia hablado el Señor por boca de su siervo el profeta Ahias.

El dolor y la pena de Jeroboan por la muerte de este hijo fué muy grande, pero nada saludable. La causa de ella era la idolatría. Jeroboan no podia dudarle, ni dejar de conocer que esta muerte era el primer eslabon de la cadena de desgracias que el profeta habia anunciado á la reina; pero la idolatría era precisamente el cimiento de su monarquía y el quicio sobre el cual se movia su infernal política, y así estaba tan léjos de abandonarla, que antes por el contrario se obstinaba en ser idólatra siempre y en hacer que lo fuese su reino.

No quedando á Jeroboan, despues de la muerte del primogénito, mas hijos que Nadab, viéndose ya viejo, y temiendo las desgracias anunciadas á su casa por Ahias, trató de evitarlas asociándole consigo en el trono. Hizo que le reconociesen las diez tribus por rey con su padre en vida y por único heredero despues de su muerte. No vivió Jeroboan despues de este reconocimiento sino un año y meses. Oprimido de inquietudes y desazones, despedazado por los remordimientos de su conciencia, que nunca pudo acallar, mas infeliz siendo rey que siendo particular, murió en una vergonzosa vejez y obstinada idolatría, no de muerte natural, sino herido por la mano del Señor á los veinte y dos años de su infando reinado, dejando á un hijo tan impío, tan enemigo de la religion, tan idólatra, tan corruptor de su pueblo y tan sin vergüenza como él una corona maldita, que solo habia de ceñir algunos meses la cabeza de este jóven disoluto.

NADAB, SEGUNDO REY DE ISRAEL.

Nadab hizo lo que es malo delante del Señor y anduvo por los caminos de su padre y en sus pecados, con los cuales habia hecho pecar á Israel. Tal es la pintura que hace de Nadab la sagrada Escritura, y la que hace comunmente de los reyes malos, y sobre todo de los reyes idólatras, como irémos viendo en esta historia.

Poco instruido Nadab de lo que pasaba en su corte, é ignorante de las conspiraciones que se formaban en ella contra su corona y su vida, en lugar de proveer en primer lugar á su seguridad, solo pensó en conquistar y engrandecerse. Juntó su ejército y le condujo en persona á sitiar la plaza de Gebeton, situada en la tribu de Dan y ocupada por los Filisteos. Esperaba tomar luego una plaza acometido por todas las fuerzas de Israel y lo esperaba con razon, pero habia hablado el Señor contra la sangre de Jeroboan y era preciso que se cumpliese su divina palabra. Baasa, hijo de Ahías (no el profeta) de la tribu de Isacar, buscaba una ocasion para quitarle la vida, y lo que no le habia proporcionado el palacio, se lo proporcionó el campo de batalla. Acometió al rey cuando se contaba mas seguro al frente de su ejército y le quitó la vida con sus propias manos. Tomó con ellas, aun ensangrentadas, la corona de su señor y la colocó sobre su cabeza. Sin duda estaba sostenido por una vasta conjuracion, puesto que luego le declaró rey todo el ejército. Reinó Nadab un año y meses con su padre y hasta cumplir dos por sí solo.

BAASA, TERCER REY DE ISRAEL.

No habria sido difícil á Baasa concluir la conquista de Gebeton, teniendo á su disposicion el ejército, pero creyó que le convenia asegurarse de la posesion del reino antes que extender sus límites. Con esta idea levantó el sitio de la plaza y se volvió con el ejército á Tersa. Luego que entró en la corte y tomó posesion del trono, hizo buscar á toda la casa de Jeroboan y no dejó con vida ni uno solo de sus descendientes hasta acabarlo; permitiéndolo así el Señor para castigar de un modo espantoso los delitos que habia cometido Jeroboan, haciendo pecar con ellos á Israel, y para cumplir lo que habia dicho por boca de Ahías su profeta.

Pareceria increíble el proceder de Baasa si no constase de los Libros santos. Habia sido el ejecutor de los castigos que el Señor habia decretado contra la descendencia de Jeroboan, le constaba que estos castigos eran el pago de sus crímenes, y sin embargo sigue la misma conducta. Baasa, dice el sagrado texto, hizo lo malo delante del Señor y anduvo en el camino de Jeroboan y en sus pecados, con los cuales habia hecho pecar á Israel.

Profeta Jehú.

Tambien con Baasa quiso el Señor usar de misericordia como lo habia hecho con Jeroboan, y le envió el profeta Jehú, hijo de Hanani, el cual se presentó al rey diciéndole en nombre del Señor: Por cuanto yo te he ensalzado sacándote del polvo, y te he puesto por caudillo de mi pueblo de Israel, y tú has andado en el camino de Jeroboan y has hecho pecar á mi pueblo, provocándome á ira con sus pecados, hé aquí que yo segaré la posteridad de Baasa y la posteridad de su familia, y haré de su casa lo que hice de la de Jeroboan, hijo de Nabat. El que del linaje de Baasa muriese en la ciudad, los perros le comerán, y el que muriese en el campo, le comerán las aves. Baasa mandó prender al profeta Jehú, como Jeroboan habia mandado prender al profeta de Judá; pero como no se secó la mano de Baasa como se habia secado la de Jeroboan, Baasa llevó adelante su mandato, aprisionó á Jehú y le quitó la vida, añadiendo á los pecados de Jeroboan el clamor de la sangre del profeta. Veinte y cuatro años reinó Baasa sobre todo Israel en su corte de Tersa, habiendo pasado los diez y siete últimos en guerras continuas con el rey de Judá y llevado siempre la peor parte. Baasa, siguiendo en el fin de su reinado la política de Jeroboan como habia seguido su idolatría desde el principio, asoció en el trono á su hijo Ela, como Jeroboan habia asociado á

Nadab; pero no salió mejor á Baasa esta precaucion que habia salido á Jeroboan, pues ni uno ni otro pudieron prevalecer contra las amenazas que les habian hecho dos profetas del Señor. Baasa, súbdito rebelde, ejecutó las amenazas de Ahías sobre la familia de Jeroboan, y otros súbditos rebeldes iban á ejecutar las de Jehú sobre la suya. Al año de esta asociacion murió el idólatra y regicida Baasa y fué sepultado en Tersa, capital de su reino, y reinó por él su hijo Ela.

ELA, ZAMBRI, TEBNI Y AMRI,

cuarto, quinto, sexto y sétimo rey de Israel.

Reinó Ela, hijo de Baasa, dos años sobre Israel, uno con su padre y otro sin él, y luego que principió á reinar solo, declaró la guerra á los Filisteos y la principió por el sitio de Gebeton, plaza fatal para los príncipes jóvenes de Israel. Sitiándola habia muerto Nadab, hijo de Jeroboan, y mientras que se estrecha ahora el sitio, va á morir Ela, hijo de Baasa. Celebraba Ela un banquete en casa de Arsa, prefecto de la corte; y Zambri, siendo oficial principal del ejército y general de la caballería, no era de los convidados, pero sí de los aspirantes á la corona que Baasa habia conseguido matando á su rey. Animado Zambri con este ejemplo, entró en la sala del convite y asesinó á Ela, hijo del asesino Baasa, y allí mismo fué declarado rey de Israel por los convidados y las tropas de á caballo de las que era el jefe. Apenas se sentó en el trono, hizo buscar á todos los hijos, parientes y amigos de Baasa, y les mandó quitar la vida desde el primero hasta el último, sin dejar la menor reliquia de esta familia impia, borrando así la casa de Baasa segun la palabra que el Señor habia hablado á Baasa por boca de su profeta Jehú. Castigo justo de los pecados de Baasa y de Ela su hijo, los cuales pecaron

é hicieron pecar á Israel, provocando al Señor con sus idolatrias.

Cuando el ejército que sitiaba á Gebeton oyó que Zambri habia quitado la vida al rey y se habia coronado, tomó á Amri, su general, y le proclamó rey de Israel. Al momento se varió de plaza de sitio. Se dejó la de Gebeton y se fué á la de Tersa, donde se habia coronado y se encontraba Zambri con sus aliados y sus tropas de caballería. Se formó el sitio, y conociendo Zambri que la ciudad iba á ser asaltada, se encerró en su palacio, le dió fuego y en él se quemó vivo con todas las riquezas, alhajas y tesoros que encerraba. Zambri á los siete dias de reinar murió en los pecados que habia cometido haciendo lo malo delante del Señor; pero la muerte de este regicida no trajo la paz al reino. Las tropas de caballería, que le habian hecho rey, eligieron en su lugar á Tebni, hijo de Ginet, y le proclamaron rey. Con esto el reino de Israel se halló en un cisma. Medio pueblo seguia á Tebni y medio seguia á Amri. Tres años duró esta division y todos tres fueron de continuas guerras entre Amri y Tebni, hasta que murió este, no se sabe si en alguna batalla ó en su cama, y entonces se unió todo el pueblo á Amri y cesó el cisma, despues de haberse multiplicado los robos, los destrozos, los incendios y las muertes que son consiguientes á las guerras civiles. Amri habia reinado ya tres años sobre el medio pueblo de Israel y aun reinó nueve sobre el pueblo entero, pero hizo lo malo delante del Señor, y fué peor que cuantos le habian precedido. Anduvo en todos los caminos de Jeroboan y en todos sus pecados, con los cuales habia hecho pecar á Israel.

Fué Amri la sétima cabeza que llevó la corona de Israel desde que se apartó de la casa de David, que aun no habia cincuenta años. Corona funesta que, cada vez mas ensangrentada, pasaba por tantas cabezas sin detenerse en alguna, y que llevaba consigo la mortandad y la dissolution en castigo de la idolatría de los que la llevaban.